

podemos menos de alegrarnos como partidarios que somos de este inocente y pacífico regionalismo. Las antiguas ferias, la solemne pompa de algunas festividades religiosas, las exposiciones de industria al uso moderno, los resucitados juegos florales, los congresos católicos, y hasta algunos otros congresos ultrapolíticos, á fuerza de negar que son políticos, así como las predicaciones apasionadas y elocuentes de las personas que aspiran á regenerarnos, todo ello es útil para conservar y reanimar la vida en los extremos, impidiendo que refluya al centro y deje lo demás inerte.

Sólo hay un inconveniente no corto: que las tales predicaciones regeneradoras levanten de cascos á la gente levantisca y aficionada á vivir á salto de mata, y produzcan alborotos, motines y hasta guerras civiles. Pero si este peligro se evita ó se conjura, yo entiendo que todo está bien, aunque siempre preferiría á las predicaciones regeneradoras, los juegos florales, las procesiones y las ferias.

De todos modos bueno es que alentemos hasta donde esté á nuestro alcance, y celebremos, si lo merecen, á cuantos cultiven las letras, permaneciendo en provincias sin venir á Madrid con el propósito de cobrar fama.

Sevilla, desde muy antiguo, es un foco de civilización castiza, cuya luz, por dicha, no se extingue ni se anubla. Su escuela de poetas y

su escuela de pintores, florecientes y luminosas en el siglo XVI, y renovadas en el último tercio del siglo XVIII, dan destellos todavía, á pesar de la general decadencia de nuestra nación.

Mucho disto yo de aspirar en estos artículos, que no pueden ser extensos, á presentar un cuadro completo del movimiento intelectual, literario y artístico de Sevilla y de otras ciudades de Andalucía. Me limito, y debo limitarme, á tratar de ciertas obras muy recientes, prueba, en mi sentir, de que dicho movimiento no es estéril, sino que en aquel mismo terreno produce sazonados frutos, prescindiendo de los cultivadores andaluces que vienen á Madrid, como los Alvarez Quintero y no pocos otros, á producirlos y exponerlos.

Tiempo há que es brillante indicio de la actividad intelectual en la provincia de Córdoba la producción poética de Manuel Reina, natural de Puente Genil, donde de ordinario reside, aunque imprima en Madrid sus libros. Elegante é inspirado poeta, ha publicado *Andantes y alegros*, *Cromos y acuarelas*, *La vida inquieta*, *La canción de las estrellas*, *Poemas paganos*, en 1896, y recientemente, en 1899, *El jardín de los poetas*, último libro suyo que conocemos. Celebra en este libro y retrata con rasgos, á menudo felices, á varios poetas eminentes de todas las edades y naciones: desde Homero, Anacreonte, Esquilo y Catulo, hasta

Goethe entre los extraños, y desde Jorge Manrique hasta Espronceda entre los propios. Aunque en España, no sé por qué, son poco populares y estimados los versos endecasílabos libres, yo los prefiero á veces á los que están sujetos al artificio de la rima, cuando la falta de ésta se halla compensada por el primor y la sobriedad de la dicción y por la cadencia musical del metro. La rima además tiene graves inconvenientes, cuando para vencer su dificultad, se emplean sobrados epítetos y participios en «oso, osa, ente y ante, ado y ada». Como quiera que sea, en este libro de *El jardín de los poetas* encuentro yo mejor y más brioso, inspirado y conciso que lo rimado, lo que está en endecasílabos libres.

Pero Manuel Reina, hasta donde lo consienten la frialdad é indiferencia para la poesía de nuestro público de hoy, es ya tan conocido, estimado y celebrado, que considero poco útil y expuesto á que se me tilde de presuntuoso el llamar la atención sobre sus escritos con detenido examen y crítica razonada. Básteme declarar aquí con toda sinceridad, que Manuel Reina es ya, á mi ver, uno de nuestros mejores poetas, y como es joven aún, se debe esperar de él mucho mayores aciertos, si pule, lima y encaja y ajusta en adelante con mayor firmeza, dentro de la conveniente y nítida forma, las hermosas ideas y el hondo sentir que con tanto

ímpetu y abundancia afluyen á su espíritu.

Tratemos aquí de cosas que, si bien harto menos importantes, manifiestan que el ingenio y la gracia, lo que solemos llamar sal andaluza, no se ha disuelto aún, sino que persiste, á pesar de tantos duelos, quebrantos y desazones.

A puñados sazona con esta sal el Sr. don Francisco Toro Luna, algo á modo de comedia, cuyo título es *¡Día feliz!*, que se representó en Córdoba en el teatro circo del Gran Capitán y en Julio del presente año. Sólo dos personajes figuran en la acción, la cual es muy sencilla. Todo el mérito está en el diálogo, natural, gracioso y desenfadado. Primero hay el monólogo de una joven y después el coloquio de ésta con un primo suyo que acaba por declararse fervorosamente enamorado de ella. No quiero contar aquí el progreso de la acción y el disimulado artificio que con la ingenuidad se confunde y por cuyo medio se llega al más venturoso y alegre desenlace. Si yo contase el argumento destruiría todo el hechizo de la obra no contándole con mucha extensión, porque en la obra, las palabras no huelgan, siendo en ella el carácter de la protagonista tan verdadero, simpático y regocijado, que mis paisanas las cordobesas no pueden pedir más, á pesar de lo picante de algunas ligerísimas punzadas satíricas. En suma, yo creo que *¡Día feliz!* sería

muy aplaudido en Madrid, si en Lara se diese; pero como yo no soy infalible, como el público es caprichoso y como por la lectura tal vez se notan primores que en la representación se desvanecen ó pasan sin ser notados, yo me abstengo de pronosticar á fin de no desacreditarme como crítico. Sólo diré que ¡*Día feliz!* me agrada tanto como cualquiera de los más encomiados y cortos proverbios de Alfredo de Muset: como *Un capricho*, por ejemplo.

Sobre ¡*Día feliz!*, lo mismo que sobre la novela *Justa y Rufina*, quiero yo tocar un punto en que ambas obras coinciden: la adulteración de la ortografía para reproducir gráficamente el modo de pronunciar de los andaluces. A mi ver esto no imprime esencial carácter al diálogo, ni le hace más ameno y chistoso, y propende, en cambio, á crear un nuevo dialecto, ó más bien una lengua bárbara é informe. Cervantes hace hablar á la gente más ruin de Andalucía sin marcar lo vicioso de la pronunciación en la escritura. Estébanez Calderón sigue su ejemplo y no por eso podrá dudar nadie de que sean andaluces Pulpete y Balveja. Y protestando de que sea inmodestia, y con todas las convenientes salvedades, me atreveré á citar me yo mismo, recordando que Antoñona, Respetilla, Dientes, Juana y Juanita las largas y otras figuras del vulgo andaluz, que introduzco yo en mis narraciones, hablan como

por allí se habla, sin necesidad de notar lo mal y disparatadamente que acaso pronuncian. Yo me atengo, y me parece que todos los andaluces debemos atenernos á lo que se cuenta que el maestro de escuela de mi lugar decía á sus educandos: Niños, *sordado* se escribe con *l*; *caznero* con *r*; *precerto* con *p*; *güeno* con *b* y *güeso* con *h*.

En el diálogo ó comedia del Sr. Toro Luna es más de censurar que en la novela del señor Muñoz Pabón esta inútil prevaricación del buen lenguaje, ya que las dos personas de su diálogo no son de la clase pobre y humilde, sino de lo más acomodado y elegante de la ciudad de Córdoba.

Conviene advertir también que las tales variaciones de pronunciación, que caracterizan el habla andaluza, son distintas según las poblaciones y comarcas, por lo cual, si por medio de la escritura nos propusiésemos expresarlas fielmente, no crearíamos un dialecto, sino doce, catorce ó más. Hasta el *tonillo* es diverso según el lugar donde nació y se crió el que habla, y hasta según la ocasión más ó menos solemne en que conversa ó perora. En cierto pueblecito, por ejemplo, donde años há solía yo ir de temporada, no hay sermón de Cuaresma ni de Semana Santa que agrade ó que conmueva, aun siendo elocuentísimo y sentido, si no se pronuncia con un tonillo sin-

gular que los predicadores suelen aprender, si ya no lo saben, antes de subir al púlpito. Y yo tengo por evidente que este tonillo, otros de la misma laya, el ronquido en que suelen salir engarzados los vocablos en algunos lugares, y no pocas otras singularidades prosódicas, son intransmisibles por escrito, á no inventarse una anotación musical, adaptada para conseguirlo con muy sutil arte. Lo mejor, por consiguiente, es prescindir cuando se escribe, de tonillos y de malas pronunciaciones y hacer que todos hablen en castellano y como Dios manda. Si el personaje es andaluz de buena ley, ya lo conocerá el discreto lector por lo pintoresco de las imágenes y por el giro peculiar de las cláusulas y períodos.

Bien quisiera yo hablar aquí del movimiento intelectual de Málaga, en el día de hoy; de Málaga, de donde nos han venido á Madrid periodistas tan infatigables como D. Andrés Borrego; tan eminentes hombres de Estado como Cánovas, y los más notables iniciadores y promovedores del género andaluz como Estébanez Calderón y D. Tomás Rodríguez Rubí. Por hoy, con todo y para no pecar de prolijo, diré que en Málaga se conserva la tradición literaria, poética y erudita, á cuyo frente descuella en el siglo pasado el Marqués de Valdeflores, y á principio del siglo que va á terminar el elegantísimo poeta D. Juan María Maury.

Dignos sucesores han tenido y tienen para el cultivo de las ciencias históricas en los hermanos Oliver y en el doctor Berlanga; para la poesía, en Narciso Díaz de Escovar, Salvador González Anaya y Ramón A. Urbano, sin contar con los que residen en Madrid de asiento; y para la novela, en Arturo Reyes, que puede ya ponerse al nivel de nuestros mejores novelistas y autores de cuentos.

Dejemos, no obstante, á Málaga y pasemos á Almería, muy apartada hasta hace poco del resto de España por las dificultades de los caminos, como allá en los tiempos del rey Almotacín, tan buen poeta y tan generoso protector de los poetas. Hoy, como entonces, se sigue en Almería poetizando, si bien no son los versos, sino un curiosísimo libro en prosa, lo que atrae ahora mi atención hacia aquella ciudad. El librito, primorosamente impreso en Almería, se titula *Quitolis*, y el autor, D. José Jesús García, le califica de novela. Novela me parece á mí en efecto, pero contada con tan extraña candidez y en apariencia con tan poco arte, que tiene trazas, más que de algo imaginado ó inventado, de relación fiel de sucesos que verdadera y realmente han ocurrido.

El protagonista de la novela, el padre Juan, á quien daban por apodo *Quitolis*, ha vivido sin duda, pero en su sér hay mucho de simbólico y de enigmático. Sin ambición, sin codi-

cia, sin apetito ni anhelo que le perturbe y le lleve en pos de las cosas terrenales, el padre Juan viene á ser como un inocente ángel del cielo, que ha tomado forma y cuerpo humanos. Sólo el afecto amoroso con que mira por su madre y cuida de ella, le enlaza singularmente con los demás seres.

Protegido el padre Juan por una marquesa devota y por el Sr. Magistral, que admiran y reconocen su virtud y su ciencia, vive sin apuros y modestísimamente con el producto de sus misas y de las particulares lecciones de latín que da á muchos niños.

Apenas hay enredo ni lances en esta novela. En ella todo es psicológico. La contemplación del cielo, del mar y de los campos que se otean desde un apartado y solitario paseo adonde el padre Juan va de diario, eleva su mente á muy encumbradas esferas: más allá del universo visible, hasta la suprema causa, que le da ser y que le llena, penetra é ilumina todo.

La pudibunda timidez del padre Juan, el horror que le inspira la idea de turbar la paz de las conciencias y su amor al orden y al sosiego, no consienten que perciba ni que ponga en claro con toda nitidez el vago y maravilloso concepto de Dios, que ha surgido en su alma, que la arrebató en el éxtasis y que la enamora sobrenatural y ultramundaneamente.

La fama de la santidad y de la inocente y

bondadosa indulgencia del padre Juan, hace que sean los niños y las jovencitas, educadas con el mayor recato, los que acudan á confesarse con él, en el tribunal de la penitencia. El optimismo del padre Juan y su dichosa manera de ver cuanto existe como al través de un prisma de color de rosa, vienen á corroborarse por la bondad de sus penitentes. Apenas sospecha ó quiere sospechar el padre Juan la existencia del mal moral y del mal físico. La ira de Dios es incomprendible para él. La justicia de Dios se desvanece en su infinita misericordia.

El sentir y el pensar del padre Juan se van desenvolviendo, con profundo sigilo, en lo más íntimo y secreto de su alma.

Se diría que el autor de la novela, lo mismo que su héroe, se asusta de lo que piensa y siente; no tiene ni la más pequeña aspiración á divulgarlo; y sólo por estilo indeciso y esfumado se lo representa á sí propio.

De aquí proviene que no atine yo á decidir hasta qué punto en *Quitolis* y en el que escribe su historia hay en germen un heresiarca: hasta qué punto ha permitido Dios y ha suscitado el diablo un Chanig ó un Fox á la sordina en la muy católica ciudad de Almería. Teólogos inquisidores podrán decir sobre esto, si consideran que el caso lo merece. Yo diré sólo que la novela me agrada y que la he leído dos veces, con interés creciente, aumentado por la misma

indeterminada vaguedad del misterioso pensamiento de *Quitolis*.

El Magistral, que debía predicar el día de la Virgen del Carmen, cae enfermo y encomienda á *Quitolis*, cuya ciencia y fervor religioso admiraba, que sea él quien predique aquel día, aunque hasta entonces no había predicado nunca. Sin previo estudio escrito acude y sube al púlpito *Quitolis*. Y movido allí por el genio ó espíritu que interiormente le agita, pronuncia un sermón elocuentísimo lleno de amor de Dios y del prójimo, que deleita y conmueve á la muchedumbre devota, la cual no ve ni sospecha la menor heregía, y que ofende é indigna á los canónigos del cabildo. ¿Ha surgido acaso en la remota ciudad donde ocurren estos sucesos un flamante reformador de la Iglesia: un Savonarola, cuando no un Lutero?

«*Quitolis*», con todo, no quiere ser nada de esto. Si en algo ha errado, está pronto á retractarse. El señor obispo reconoce su inocencia y simpatiza con su buena intención. Pero le induce á volver á su silencio y á su retiro y á no predicar en adelante para no excitar la cólera ó el enojo del clero.

Vuelto «*Quitolis*» á la oscuridad, guarda en el centro de su alma sus ideas reformadoras, harto poco definidas por el novelista, si bien ó quieren ser como el alborear indeciso ó la primera luz, si no de una nueva religión, de

una interpretación amplia y algo racionalista de la que oficialmente seguimos.

«*Quitolis*» después se queda ciego. Su reputación de santo y de benigno atrae á su confesionario, no ya á los niños y á las vírgenes, sino á la turba multa de desafortunadas y lascivas pecadoras. La limpieza de su cándido optimismo se mancha con el negro cieno del mundo. Y resignado y triste, aunque lleno siempre de dulce confianza en Dios, muere al fin «*Quitolis*», muere también su viejecita madre y termina así la novela. Casi no hay en ella lo que se llama enredo ó argumento. Todo se reduce á la pintura de un extraño carácter. No sé si el autor, por habilidad ó por instinto, acierta á no identificarse con «*Quitolis*» y á no responder de lo que «*Quitolis*» sentía y pensaba.

No aseguraré yo tampoco si agradará esta novela, donde repito que apenas hay lances á cuantas personas la lean con atención. Diré sólo que su lectura me ha interesado mucho. No soy, ni pretendo ser, definidor para condenar ó absolver las ideas bastante veladas que el autor de la novela atribuye á su protagonista; pero celebro el talento de observación con que el autor estudia á un alma humana, acaso extraviada, pero egregia y pura, y celebro también el sentir religioso que anima las páginas de su librito. De las faltas que hay ó

puede haber en éste, yo absuelvo al autor, porque tengo la manga ancha. Yo digo, como el Dios que imagina Goethe en «El Prólogo en el cielo» de su «Fausto»:

«Es irrt der Mensch so lang er strebt».

LA GOLETERA

POR ARTURO REYES

En las ficciones novelescas he de confesar que estoy algo prevenido contra los hombres y las mujeres de la ínfima plebe, que calzan el coturno, que se muestran poseídos de las pasiones y sentimientos más sublimes, y que vienen á ser dignos personajes de verdaderas tragedias y no de aventuras picarescas como en *Rinconete y Cortadillo*, ó de parodias como *El Manolo*, *El Muñuelo*, *Inesilla la de Pinto* y *Pancho y Mendrugo*. Y no porque yo crea que el concepto de las virtudes más altas y la capacidad enérgica de ejercitarlas requieran educación esmeradísima y largos estudios. Por fortuna, para saber de ciencias es menester acudir á las aulas ó leer muchos libros; y para percibir, juzgar ó crear la belleza artística, sin extravíos de mal gusto, se requieren también preparación y enseñanza; mientras que para el conocimiento de lo bueno y de lo malo, ape-